

# Históricas Digital

Miguel León-Portilla

*Bernardino de Sahagún*

*Pionero de la antropología*

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

1999

261 p. + [XLIV]

Ilustraciones

(Serie Cultura Náhuatl. Monografías, 24)

ISBN 968-36-7064-4

Formato: PDF

Publicado en línea: 6 de marzo de 2018

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/sahagun\\_pionero/363.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/sahagun_pionero/363.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



#### 4. INICIO EN TEPEPULCO DE LA INVESTIGACIÓN INTEGRAL (1558-1561)

Convergencia de dos empeños fue el inicio de la larga etapa de investigación integral emprendida por Sahagún. De una parte estaba su ya antiguo interés por ahondar en el conocimiento de la cultura indígena para poder edificar sobre base firme la nueva cristiandad. De otra, —como lo hizo constar en sus prólogos a los libros I y II de su *Historia General*— fue también factor determinante el mandato particular que recibió en 1558 del recién nombrado décimo provincial del Santo Evangelio, fray Francisco de Toral.

A mí me fue mandado por sancta obediencia —escribe fray Bernardino— de mi prelado mayor que escribiese en lengua mexicana lo que me pareciese ser útil para la doctrina, cultura y manutención de la cristiandad destos naturales desta Nueva España, y para ayuda de los obreros y ministros que los doctrinan.<sup>1</sup>

Y en otro lugar, puntualizando más cuál era el sentido del mandato recibido, expresa que:

por mandato del muy reverendo padre, fray Francisco de Toral, provincial desta provincia del Santo Evangelio, y después obispo de Campeche y Yucatán, escribí doce libros de las cosas divinas o, por mejor decir idolátricas, y humanas, y naturales desta Nueva España.<sup>2</sup>

Acerca de la vida y obra del padre Francisco de Toral proporciona noticias el cronista Mendieta. Sabemos que había nacido en Ubeda, Andalucía. Años después de ingresar en la orden fran-

<sup>1</sup> Sahagún, *Historia*, I, 77.

<sup>2</sup> *Ibid.*, I, 32.



ciscana, pasó a México. Allí fue el primero en aprender las lenguas popoloca y náhuatl según se hablaban en la región de Tecamachalco, en el actual estado de Puebla. Como cosa probable puede pensarse que durante esa etapa de su vida pudo haber tratado más de cerca a fray Bernardino que, entre 1540-1545, laboraba como misionero en Huexotzinco, no muy lejos de Tecamachalco. Conociendo y compartiendo el interés de éste por la lengua náhuatl y por ahondar en el conocimiento de la cultura indígena, al ser elegido provincial para el trienio de 1558 a 1561, y de común acuerdo con Sahagún, le hizo entonces formal encomienda “por santa obediencia” de emprender la investigación que a Bernardino tanto interesaba.

### *Las motivaciones de Sahagún*

Antes de ver cómo inició éste su trabajo, es necesario inquirir más acerca de las motivaciones que lo indujeron a acometerlo. Falso sería, como algunos parecen pretenderlo, postular que Sahagún trabajó movido en especial por intereses que hoy calificaríamos de científicos. Y, sin embargo, también estaría alejado de la verdad afirmar que, entregado ya a su trabajo, se mantuvo guiado por un celo exclusivamente misional. Es cierto que su motivación original fue de carácter religioso. Sin ambages lo declara él en su prólogo al libro I de su *Historia general*. Allí, comparando al evangelizador con el médico, escribe, como ya lo hemos visto, que:

Los predicadores y confesores, médicos son de las ánimas, para curar las enfermedades espirituales conviene tengan esperitia de las medicinas y de las enfermedades espirituales. El predicador de los vicios de la República para enderezar contra ellos su doctrina, y el confesor para saber preguntar lo que conviene y entender lo que dijeren tocante a su oficio, conviene mucho que sepan lo necesario para ejercitar sus oficios.<sup>3</sup>

Insiste luego Bernardino en lo que ha podido comprobar sobre la supervivencia de las idolatrías y asevera:

<sup>3</sup> *Ibid.*, I, 31.



Ni conviene se descuiden los ministros desta conversión con decir que entre esta gente no hay más pecados que de borrachera, hurto y carnalidad. Porque otros muchos pecados hay entre ellos muy más graves y que tienen gran necesidad de remedio. Los pecados de la idolatría y ritos idolátricos, y supersticiones idolátricas y agüeros, y abusiones y ceremonias idolátricas no son aún perdidos del todo.

Para predicar contra estas cosas y aun para saber si las hay, menester es de saber cómo las usaban en tiempo de su idolatría que, por falta de no saber esto, en nuestra presencia hacen muchas cosas idolátricas sin que lo entendamos.<sup>4</sup>

De lo dicho por fray Bernardino queda claro que obró especialmente motivado por su condición de misionero que ha de conocer la antigua cultura, con todos sus ritos e idolatrías, para desterrarlas y poder plantar el cristianismo. Ahora bien, más adelante, en ese mismo prólogo, pone él mismo al descubierto otras razones que lo han movido. Una de ellas es el interés lingüístico, ligado ciertamente al motivo anterior —propiciar la evangelización— pero ya con visos de tenerse como atrayente por sí mismo:

Esta obra es como una red barredera para sacar a luz todos los vocablos desta lengua con sus propias y methaphóricas significaciones y todas sus maneras de hablar y las más de sus antiguallas, buenas y malas; es para redemir mil canas porque con harto menos trabajo de lo que aquí me cuesta, podrán, los que quisieren, saber en poco tiempo muchas de sus antiguallas y todo el lenguaje desta gente mexicana.<sup>5</sup>

Conocer los vocablos con sus significaciones metafóricas, todas sus maneras de hablar, lenguaje y antiguallas, son objetivos que parecen atraer por sí mismos, aunque desde luego alcanzarlos será de gran ayuda a todo misionero. Abundando en esto, casi al final de este prólogo en una nota al sincero lector, añade:

Cuando esta obra se comenzó, comenzóse a decir, de los que lo supieron, que se hacía un Calepino; y aún hasta agora, no cesan muchos, de me preguntar, ¿que en qué términos anda el Calepino? Ciertamente fuera harto provechoso hacer una obra tan útil para los

<sup>4</sup> *Loc. cit.*

<sup>5</sup> *Ibid*, I, 33.

que quieren deprender esta lengua mexicana como Ambrosio Calepino la hizo para los que quieren deprender la lengua latina y la significación de sus vocablos. Pero ciertamente no ha habido oportunidad, porque Calepino sacó los vocablos, y las significaciones de ellos, y sus equivocaciones y metháphoras de la lección de los poetas, y oradores, y de los otros authores de la lengua latina, autorizando todo lo que dice con los dichos de los authores; el cual fundamento me ha faltado a mí; por no haber letras ni escriptura entre esta gente y así me fue imposible hacer Calepino.<sup>6</sup>

Aunque afirma aquí Sahagún que los indígenas no tenían “letras ni escripturas”, en otros lugares reconoce que poseían ellos pinturas y signos o caracteres “por los que se entendían”. De hecho él reprodujo al lado de sus textos en náhuatl algunas de dichas pinturas y signos. En fin de cuentas insiste en que con lo allegado por él —que al tiempo en que redactó este prólogo estaba ya distribuido en doce libros— podrá prepararse algo así como un Calepino:

Pero eché los fundamentos para que, quien quisiere, con facilidad le pueda hacer porque por mi industria se han escripto doce libros de lenguaje propio y natural desta lengua mexicana, donde allende de ser muy gustosa y provechosa escriptura, hallarse han también en ella todas las maneras de hablar, y todos los vocablos que esta lengua usa: tan bien autorizados y ciertos, como lo que escribió Virgilio y Cicerón, y los demás authores de la lengua latina.<sup>7</sup>

Y, así como mucho significó para Sahagún el interés lingüístico, también a medida que se adentraba en su investigación, fue creciendo en él la atracción por conocer, por sí misma, la antigua cultura. De ello habla muchas veces en su *Historia general* y también en el mismo prólogo que he venido citando del libro I. En él expresa además que

aprovechará mucho toda esta obra para conocer el quilate desta gente mexicana, el cual aún no se ha conocido [...]. Ansí están tenidos por bárbaros, y por gentes de bajísimo quilate, como según verdad en las cosas de pulicía [cultura, refinamiento] echan el pie delante a muchas otras naciones que gran presunción tienen de políticas.<sup>8</sup>

<sup>6</sup> Sahagún, *op. cit.*, I, 35-36.

<sup>7</sup> *Ibid.*, I, 36.

<sup>8</sup> *Ibid.*, I, 33.

En el contexto en que escribí esto ofrece luego una breve síntesis de la historia prehispánica, que debe calificarse de sorprendentemente cercana a lo revelado por la arqueología. Habla de la antigüedad de los pobladores y aduce el testimonio de las pinturas o códices indígenas. Pondera los monumentos dejados por los distintos habitantes creadores de reinos y señoríos que se fueron sucediendo, desde Tula-Teotihuacan (Tula en el sentido de ciudad), Cholula, Xochicalco, Tula-Xicocotlan, hasta México-Tenochtitlan. Metido ya en el tema de la historia y la cultura, no oculta su admiración y escribe:

Hay grandes señales de las antiguallas de estas gentes, como hoy día parece en Tula y en Tulantzinco, y en un edificio llamado Xochicalco, que está en los términos de Cuauhnáhuac [Cuernavaca]. Y casi en toda esta tierra hay señales y rastro de edificios y alhajas antiqüísimos [...]. Del saber o sabiduría desta gente hay fama que fue mucha, como parece en el libro décimo, donde en el capítulo 29 se habla de los primeros pobladores desta tierra, donde se afirma que fueron perfectos filósofos y astrólogos y muy diestros en todas las artes mecánicas [...]. En lo que toca a la religión y cultura de sus dioses, no creo que ha habido en el mundo idólatras tan reverenciadores de sus dioses, ni tan a su costa como éstos desta Nueva España...<sup>9</sup>

Al descubierto quedan así, desde el prólogo al libro I de la *Historia general*, las tres motivaciones claves en la empresa de investigación que realizó fray Bernardino: de índole religiosa, lingüística y, como hoy diríamos, histórico-antropológica o cultural. Corresponde ahora ver cómo echó a andar su proyecto.

Merece valorarse aquí, aunque sea anticipando lo que más adelante se discutirá ampliamente, la afirmación de Sahagún que sostiene que “escribí doce libros” y añade que lo hizo porque se le había ordenado “escribiese en lengua mexicana lo que le pareciere ser útil”. ¿En qué sentido se expresa él? ¿Realmente se consideraba autor de los textos que, en otras ocasiones, como en el prólogo al libro VI de su *Historia*, afirma que son testimonios aportados por los indios, “que todo lo escrito en estos libros, antes y después de éste [...] se halla en lenguaje [que] es el propio de sus antepasados?”<sup>10</sup> Dio incluso Sahagún los nombres de

<sup>9</sup> *Ibid.*, I, 34.

<sup>10</sup> Sahagún, *op. cit.*, I, 306.

algunos de los viejos que le habían comunicado tales o cuales textos, como aquel Diego Mendoza de Tepepulco, conocido también como Tlaltentzin, “hombre anciano, de gran marco y habilidad”, así como de los médicos que aportaron amplia información en el campo de su competencia.<sup>11</sup>

Traer esto a colación, precisamente al tratar de los inicios de las investigaciones de Sahagún, es tener presente, desde un principio, el problema crítico que plantea su obra. Responder equivaldrá a discernir —dentro del conjunto de ésta— qué puede tenerse como netamente indígena y qué lo debido al fraile o, de modo más amplio, lo atribuible a su bagaje cultural hispano, humanista y de evangelizador cristiano. Con este enfoque crítico, a la par que habrá que describir los resultados obtenidos por Bernardino en las varias etapas de sus investigaciones, deberá inquirirse acerca de lo que son y aportan realmente los distintos testimonios allegados por él.

Respecto del método o modo de proceder que adoptó para llevar a cabo sus pesquisas, el mismo Sahagún manifestó:

Rescebido este mandamiento [el que le había hecho el provincial fray Francisco de Toral], hice en lengua castellana una minuta o memoria de todas las materias de que había de tratar, que fue lo que está escrito en los doce libros y la postilla y los cánticos..<sup>12</sup>

Estas palabras requieren ciertamente comentario. Deseable es reconstruir, hasta donde sea dado, la minuta o memoria, es decir el esquema y estructura de aquello que se propuso recoger en su trabajo. Añade luego Sahagún que lo abarcado de hecho fue el contenido de los doce libros en que al fin quedó dividida su *Historia general* y además la *postilla* y *los cánticos*. No hay que olvidar que Bernardino, al escribir esto en la década de los años setenta, a modo de resumen alude a la mayor parte de lo que había realizado a partir de 1558. Lo que a lo largo de esos años fue recopilando en materia de textos indígenas, así como el ordenamiento que hizo de los mismos y lo que de cuenta propia fue escribiendo en náhuatl y en castellano, había sido objeto de sucesivas revisiones y reelaboraciones. De tal afán perfeccionista, en

<sup>11</sup> *Ibid.*, I, 77.

<sup>12</sup> *Loc. cit.*



su empeño por reestructurar cada vez mejor el conjunto de sus trabajos, se deriva, tanto la riqueza como la complejidad que los especialistas en historia antigua de México reconocen en su obra.

*La minuta o esquema de las materias que debían investigarse*

El examen de la documentación más antigua que se conserva, como parte de los textos en náhuatl recogidos por Sahagún sobre cultura indígena, es buen camino para enterarnos de cómo estructuró él su minuta o memoria. Los folios que pertenecen a esa más antigua documentación obtenida de Tepepulco, tienen la característica de incluir numerosas pinturas al modo indígena y textos que son la declaración o lectura de las mismas. El propio Sahagún distribuyó esos *Primeros memoriales* —como los designó Francisco del Paso y Troncoso al reproducirlos en facsímile en 1906— en cinco grandes capítulos. Aunque de ellos sólo se conservan cuatro, de su examen se desprende qué es lo que originalmente quiso él abarcar al buscar información sobre la cultura indígena.

Los dos primeros capítulos en náhuatl versan sobre “cosas divinas”, uno acerca de los dioses y otro sobre lo que hay en el cielo y en el inframundo. Los siguientes dos capítulos abarcan “cosas humanas”, el tercero las tocantes al “Señorío” y el cuarto a otras realidades pertenecientes a los seres humanos. Hubo un quinto capítulo, del cual —como veremos— se sabe que incluía textos sobre cosas naturales o de la tierra.

Si se compara esta distribución de materiales que constituyen los textos más antiguos recopilados y organizados por fray Bernardino, con lo que él mismo, en su prólogo al libro I, describió como objetivo de su investigación, veremos que hay coincidencia plena. Allí expresó que su intención fue inquirir sobre “las cosas divinas, o, por mejor decir idolátricas, y humanas, y naturales, desta Nueva España”.

Algunos estudiosos de la aportación sahadunense se han preguntado de dónde pudo haber derivado nuestro fraile la concepción y organización de su obra. Dado su carácter de acercamiento integral a una cultura, se ha pensado que pudo haber tomado como modelo la *Historia Natural*, de Plinio o, al decir de otros, la

obra de San Isidoro de Sevilla, sus enciclopédicas *Etimologías*, o la de Bartholomeus Anglicus que en el siglo XIII escribió *De Proprietatibus Rerum* (De las propiedades de las cosas) y abarcó muchos de los temas que atrajeron el interés de Sahagún.<sup>13</sup> No siendo posible dar una respuesta tajante a la cuestión de las posibles obras que, leídas por fray Bernardino, fueron para él fuente de inspiración, parece suficiente recordar que en el contexto renacentista en que se había formado, en la Universidad de Salamanca, se respiraba un interés, de alcances universalistas, por acercarse al conocimiento de las realidades culturales y naturales de los pueblos de la antigüedad clásica y, en muchos casos, también de los tiempos modernos.

### *Sahagún en Tepepulco*

Llevando consigo su minuta o memoria, se trasladó Bernardino hacia fines de 1558 o principios del año siguiente al pueblo de Tepepulco —hoy Tepeapulco, al sureste del actual estado de Hidalgo— y entonces perteneciente a la provincia de Aculhuacan o Tetzcoco.

Acerca de dicho pueblo fray Toribio de Benavente Motolinía recuerda que fue uno de los primeros que visitaron los franciscanos:

Entre éstos, Tepepulco lo hizo muy bien, y fue siempre creciendo y aprovechando en el conocimiento de la fe [...]. Este pueblo de Tepepulco está asentado en un recuesto muy alto a donde estaba uno de los grandes y vistosos templos del demonio, que entonces derribaron [los frailes]; porque como el pueblo es grande y tiene otros muchos sujetos, tenía grandes teucales o templos del demonio, y esta es regla general en que se conocía el pueblo ser grande o pequeño, en tener muchos templos.<sup>14</sup>

En muy temprana fecha comenzaron los franciscanos la edificación de una iglesia y convento en Tepepulco. De ello da fe la

<sup>13</sup> Véase lo que sobre esto expresa Donald Robertson en “The Sixteenth Century Mexican Encyclopedia of fray Bernardino de Sahagún”, *Cuadernos de Historia Mundial*, París, 1966, v. 9, núm. 3, 617-628.

<sup>14</sup> Benavente Motolinía, *op. cit.*, 119.



Restos de un templo prehispánico en Tepepulco, Estado de Hidalgo



Escalinata de acceso al convento e iglesia de Tepepulco



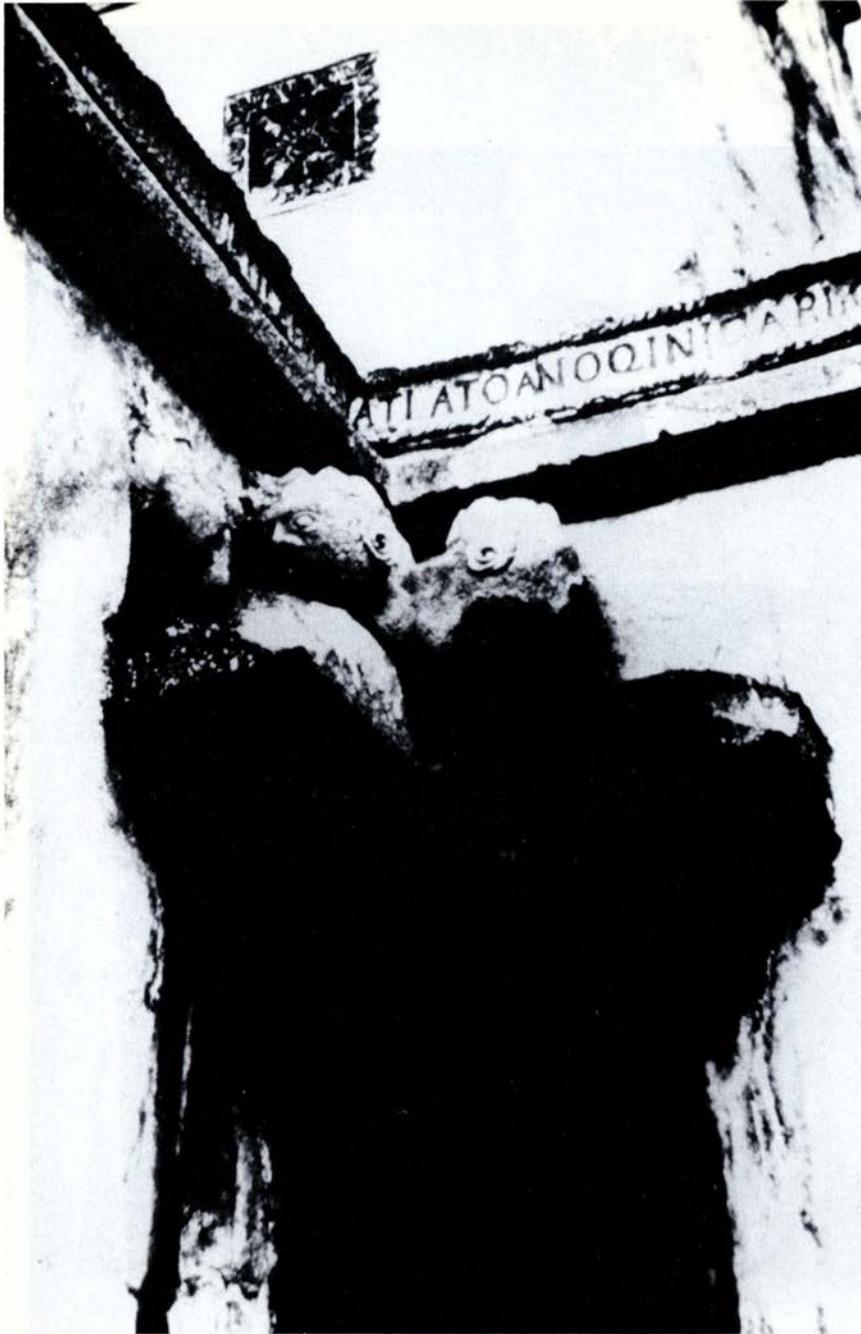
Portada de la iglesia de San Francisco Tepapulco



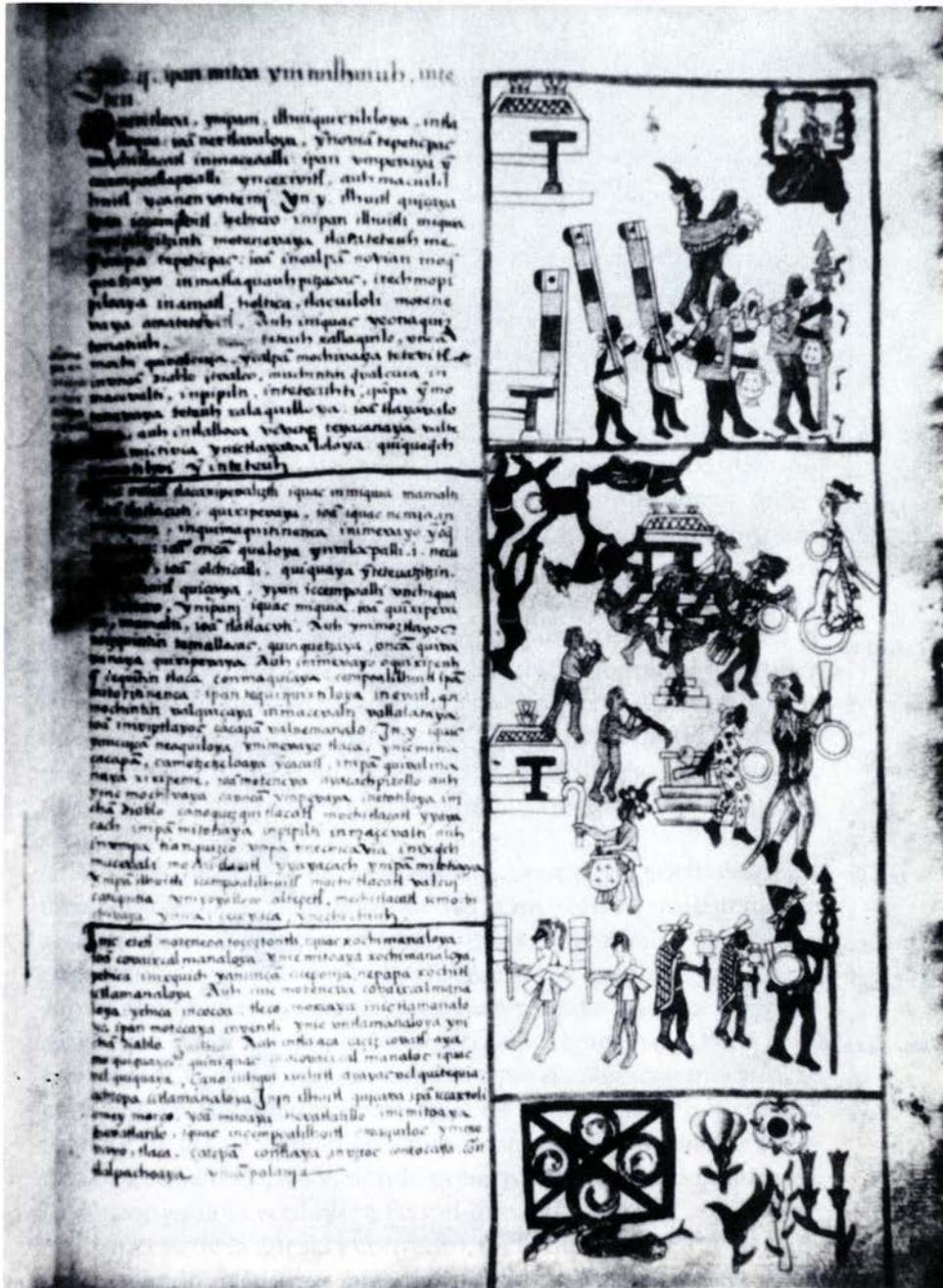
Vista parcial del claustro del convento de Tepepulco



Caja de agua en Tepepulco, data de 1545



Inscripción en la cornisa interior de la caja de agua, que dice: “Siendo Bisorey D. Antonio de Mendoza y tlatoani Carlos V, siendo gobernador D. Diego Belázquez, llegó por agua la verdadera fe y el immaculado Dios”



Folio 2 r. de los *Primeros memoriales* recogidos por Sahagún en Tepepulco. Las pinturas representan tres fiestas a lo largo del calendario prehispánico descritas, a la izquierda, en el texto en náhuatl



fecha de 1530 labrada en el costado sur de la torre del campanario de la iglesia. Por ese tiempo trabajó allí fray Andrés de Olmos en su calidad de misionero. Fue él probablemente y los otros franciscanos que le sucedieron, quienes se ocuparon de proseguir la edificación iniciada, de suerte que en la década de los cincuenta del mismo siglo XVI le dieron remate. Las nuevas construcciones religiosas se levantaron encima de una elevada plataforma que fue parte principal del principal teocalli o templo indígena. Hasta hoy son visibles en las cercanías restos de otras pirámides, así como numerosos vestigios arqueológicos que se concentran en un pequeño museo situado en la planta baja del convento.

Desde tiempo antes de que se edificaran allí templo y convento, Hernán Cortés había puesto su mirada en Tepepulco. Atraído por los amplios espacios abiertos que circundaban a dicho pueblo y que tuvo por buenos para la cría de ganado, empezó a construir una casa de campo, especie de castillo de grandes proporciones. Quienes integraban la Primera Audiencia, enemigos de Cortés, le impidieron consumara sus propósitos. Pero si el proyecto de Cortés no prosperó, en cambio sí lograron los frailes levantar un hospital para indígenas y españoles. Cabe recordar que ya, por ese tiempo, pasaba por Tepepulco uno de los caminos que unían la ciudad de México con el puerto de Veracruz, por lo que el hospital ofrecía también alivio a los viajeros que lo requerían.

Además del hospital, asimismo se construyó poco después, también con la participación de los franciscanos, un sistema de abastecimiento de agua traída de unos manantiales que se encuentran a unos 22 km. de distancia del pueblo. Las obras supusieron hacer un acueducto que remata en una “caja de agua” que hasta hoy puede verse cerca del convento. Dicha caja, que continúa funcionando como tanque de almacenamiento, se concluyó en 1545 según se consigna en una leyenda en la cornisa interior de la caja y que dice: “Siendo bisorey D. Antonio de Mendoza y Tlatuani Carlos V, siendo gobernador D. Diego Belázquez, llegó por agua la verdadera Fe y el inmaculado Dios”.

Respecto de la iglesia y convento, en el que estuvo fray Bernardino cuando inició sus investigaciones en Tepepulco en 1558 o principios de 1559, puede decirse que son de muy buena fábri-

ca. Esto pueden comprobarlo quienes hoy lo visiten. Como lo han notado varios estudiosos del arte colonial mexicano, la presencia de la mano indígena es patente en varios lugares de iglesia y convento. Así, por ejemplo, en la portada de la iglesia su ornamentación tallada en la piedra, no obstante su carácter plateresco, incluye elementos de la flora del lugar y en su arquivolta ostenta angelitos montados en jaguares, cuya piel se asemeja a plumas de ave.

El convento y la iglesia de San Francisco Tepepulco, sin ser ostensos, constituyen una temprana y buena muestra de la arquitectura introducida por los franciscanos en la región central de México.<sup>15</sup> Recorriendo hoy el claustro conventual con sus dos pisos, con arcadas de medio punto sobre columnas que recuerdan un tanto al estilo dórico, pueden visitarse los amplios salones que albergaron el refectorio y la cocina, así como la sala *De Profundis*. Subiendo a la planta alta, se tiene acceso a las celdas en que vivían los religiosos y contemplar asimismo en los muros del corredor lo que queda de frescos con escenas de la vida de Cristo. Acercarse a todo esto en Tepepulco, es aproximarse a la vez a Bernardino que allí pasó dos años o poco más, ver algo de lo que él contempló, sentir lo que fue su vida en ese entorno de paz, propicio a la oración y al estudio.

### *El método de investigación*

Si bien el interés de evangelizador podría explicar que Sahagún se trasladara a Tepepulco, no debe perderse de vista que su intención en ese momento no era tanto actuar como misionero sino cumplir el encargo de su superior, inquirir acerca “de las cosas divinas, o por mejor decir idolátricas, y humanas, y naturales, desta Nueva España”. A la luz de tal propósito cabe preguntarse por qué precisamente escogió el pueblo de Tepepulco. El muy distinguido bibliógrafo y editor de crónicas, don Joaquín García Icazbalceta (1825-1899), en su valioso ensayo acerca de Sahagún,

<sup>15</sup> Sobre el convento de Tepepulco: José Gorbea Trueba, *Tepeapulco*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Dirección de Monumentos Coloniales, 1957, y John Mc. Andrew, *The Open air Churches of Sixteenth-Century Mexico*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1965, 244-245.



alude con buen acuerdo a la circunstancia de que el señor indígena de Tepepulco era a la sazón un personaje casado con una hija del antiguo soberano de Tetzcoco, Ixtlilxóchitl el Segundo.<sup>16</sup> Dicha princesa había llevado consigo a varios importantes tetzcocanos, algunos de ellos hombres muy versados en su historia y tradiciones. El mismo señor del pueblo, mencionado también en algunas crónicas tetzcocanas, fue quien facilitó a Bernardino el inicio de sus pesquisas.

En el dicho pueblo —escribe— hice juntar todos los principales, con el señor del pueblo, don Diego de Mendoza —[conocido ya, con tal nombre castellano, pero llamado antes Tlaltentzin]—, hombre anciano, de gran marco y habilidad, muy experimentado en todas las cosas curiales, bélicas y políticas, y aun idolátricas. Habiéndolos juntado, propúseles lo que pretendía hacer y pedíles me diesen personas hábiles y experimentadas con quien pudiese platicar, y me pudiesen dar razón de lo que les preguntase. Ellos me respondieron que se hablarían cerca de lo propuesto y que otro día me responderían. Y así se despidieron de mí.<sup>17</sup>

De don Diego de Mendoza Tlaltentzin nos dice el cronista tetzcocano Fernando de Alva Ixtlilxóchitl que más tarde lo conoció, que “fue de Tepepulco, [en su tiempo, hacia 1590] de edad de casi noventa años, hombre muy leído [...] que también tiene historias y relaciones, que alcanzó a ver en la ciudad de Tetzcuco, y los hijos del rey Nezahualpilli se lo declararon”.<sup>18</sup>

Otra referencia, de considerable interés, se puede aducir acerca de este don Diego de Mendoza Tlaltentzin. Procede ella del Archivo parroquial del pueblo de Tepeapulco. El único libro que en él se conserva en náhuatl es uno de actas o registros de matrimonios a partir de 1590. En el primero de tales registros se consigna el matrimonio de Pedro Hernández, joven soltero, que contrajo matrimonio con María Jácome, doncella, también del mismo pueblo, “hija de don Jacobo de Metoza”, es decir don Diego o Jacobo —dos formas del mismo nombre— de Mendoza.<sup>19</sup>

<sup>16</sup> García Icazbalceta, *Bibliografía Mexicana*, op. cit., 345.

<sup>17</sup> Sahagún, *Historia*, I, 77-78.

<sup>18</sup> Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras Históricas*, edición y estudio introductorio por Edmundo O’Gorman, prefacio de Miguel León-Portilla, 2 v., México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975, I, 84.

<sup>19</sup> Archivo Parroquial de Tepeapulco, “Libro de matrimonios, 1590 años”. El



Cabría preguntarse si fue éste el mismo con quien hablaron Sahagún, hacia 1559, y Alva Ixtlilxóchitl hacia 1585-1590, o un hijo de él. Al decir del cronista tetzcocano hacia 1590 tenía entonces “casi noventa años”, lo que significa que había nacido hacia 1495. Al tiempo que lo conoció Sahagún sería, por tanto de cerca de sesenta y siete años, edad que, en esa época, bien pudo parecerle la de un “hombre anciano”. Además, el hecho de que en el libro de matrimonios se le anteponga el “don”, lo que no ocurre con otras personas, parece corroborar la identidad de este longevo y prolífico personaje que en 1590 tenía un hijo casadero.

Pues bien, este señor don Diego de Mendoza aceptó colaborar con Sahagún:

Otro día vinieron, el señor, con los principales, y hecho un muy solemne parlamento, como ellos entonces lo usaban hacer, señalaronme hasta diez o doce principales ancianos, y dijéronme que con aquellos podía comunicar, y que ellos me darían razón de todo lo que les preguntase. Estaban también allí hasta cuatro latinos, a los cuales yo pocos años antes había enseñado gramática, en el colegio de Santa Cruz, en el Tlatilulco. Con estos principales y gramáticos, también principales, platicué muchos días cerca de dos años, siguiendo la orden de la minuta que yo tenía hecha.

Todas las cosas que conferimos me las dieron por pinturas, que aquella era la escritura que ellos antiguamente usaban. Y los gramáticos las declararon en su lengua, escribiendo la declaración al pie de la pintura. Tengo aún agora estos originales.<sup>20</sup>

Estas palabras, tan escuetas, son una descripción del método concebido y adoptado. A partir de un esquema y cuestionario —la minuta—, Bernardino se dirigió en busca de sus fuentes de información. Éstas fueron el testimonio oral de los conocedores de la cultura indígena y de su historia, y asimismo algunos códices o pinturas que, ganándose la confianza de los ancianos, logró le fueran mostrados, de lo cual no hay duda pues de ellos copió no pocas imágenes y glifos. Como hoy diríamos, al modo

primer registro, que aparece después de varias fojas en que se da razón de edictos y otros documentos dirigidos a los “Señores curas propios, interinos y coadjutores [...]”, es justamente el que aquí he citado.

<sup>20</sup> Sahagún, *Historia*, I, 78.

de los modernos antropólogos culturales, buscó sus “informantes”. Pero no por ello desdeñó las fuentes escritas: las pinturas indígenas con caracteres. Para llevar a cabo su tarea, trabajó en equipo con sus gramáticos o estudiantes trilingües, antiguos discípulos suyos en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. Los nombres de éstos nos son conocidos. En varios lugares de sus obras los reitera: Antonio Valeriano, “el principal y más sabio”, vecino de Cuauhtitlán; Alonso Vegerano, “poco menos que éte”, de Cuauhtitlán; Martín Jacobita, que llegó a ser rector del Colegio de Tlatelolco y Pedro de San Buenaventura, asimismo de Cuauhtitlán.

Con estos colaboradores e inquiriendo en náhuatl, con esos largos “parlamentos” o diálogos, a los que los nahuas son tan inclinados, Sahagún fue adentrándose en un mundo de cultura que le era desconocido. La cosecha le pareció en extremo interesante, como se verá al describirla. Pero, al igual que recogía Bernardino tales testimonios sobre creencias y tradiciones indígenas, hizo él también siembra de la semilla cristiana que, no debe olvidarse, era la que, por encima de todo, le interesaba plantar. A ello se refiere cuando, después de hablar de los textos y pinturas que hizo copiar en Tepepulco, añade: “en ese tiempo dicté la postilla y los cantares: escribiéronlos los latinos —sus estudiantes— en el mismo pueblo de Tepepulco”.<sup>21</sup>

La postilla, muchas veces mencionada en sus escritos, no era otra cosa sino el conjunto de comentarios sobre los evangelios y epístolas expresados a modo de sermones. Con tal sentido se usaba el vocablo postilla, según lo muestra una cita, incluida en el *Diccionario de Autoridades*, de la Real Academia Española, a propósito de la obra de fray Damián Cornejo: “Escribió postillas sobre la Sagrada Escritura [...], comentó los cuatro evangelios y las epístolas de San Pablo”.<sup>22</sup> De hecho, según ya vimos, Bernardino hacia 1540 había terminado una primera redacción de sus sermones para todas las dominicas y principales fiestas de santos a lo largo del año. Ahora, hallándose en Tepepulco, revisó y amplió, con su criterio perfeccionista, el antiguo trabajo. Hay

<sup>21</sup> *Ibid.*, I, 78.

<sup>22</sup> *Diccionario de Autoridades: Diccionario de la lengua castellana en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad con las frases o modos de hablar [...]. compuesto por la Real Academia Española*, 6 v., Madrid, 1737, t. v., 338.

referencias que permiten afirmar que a la revisión de los sermones acompañó entonces la versión de los fragmentos bíblicos del Nuevo Testamento que corresponden a las lecturas dominicales en la celebración de la misa.

Respecto a los que llama cantares y también psalmos, inspirándose en las formas de expresión, incluso giros y metáforas de los antiguos cantos indígenas, los compuso durante su estancia en Tepepulco para que los entonaran los indios y sustituyeran a aquellos otros de sus tiempos antiguos. El dictado de lo que era de su propia inspiración, lo escribieron sus estudiantes indígenas. Lo elaborado así en Tepepulco se difundió luego en diversas comunidades con autorización del virrey don Luis de Velasco. Así lo hace notar Sahagún en el prólogo al lector, al imprimirse, hasta 1583, esos cantares bajo el título de *Psalmodia Christiana*, único libro suyo que vio salir de las prensas.

Trabajó Bernardino en Tepepulco hasta que terminó “su hebdomada”, es decir, su semana o período —de tres años— fray Francisco de Toral, el provincial que le había hecho el encargo de investigar. Refiere él entonces lo que en 1561 ocurrió:

Me mudaron de Tepepulco; llevando todas mis escrituras, fui a morar a Santiago del Tlatilulco [es decir, al convento vecino al Colegio de Santa Cruz].<sup>23</sup>

Allí iba a ponerse a trabajar sobre los testimonios que había reunido. Importa desde luego que nos enteremos ya del contenido de ésas que llamó “sus escrituras”.

#### *Los testimonios recogidos en Tepepulco*

Aunque no se conservan los más antiguos papeles con las pinturas y su declaración en náhuatl al pie, o sea los originales que menciona Sahagún como fruto de su pesquisa en Tepepulco, existe una transcripción de ellos, hecha bajo su mirada. Se elaboró ésta probablemente en Tlatelolco. Bernardino nos da incluso los nombres de quienes la dispusieron para él, también antiguos estudiantes del Colegio de Santa Cruz:

<sup>23</sup> Sahagún, *op. cit.*, I, 78.

Los escribanos que sacaron de buena letra todas las obras son Diego de Grado, vecino del Tlatilulco, del barrio de la Concepción; Bonifacio Maximiliano, vecino del Tlatilulco, del barrio de San Martín; Matheo Severino, vecino de Xuchimilco, de la parte de Ullac.<sup>24</sup>

Esa antigua copia de los textos recogidos en Tepepulco —en los que está como en germen la obra que continuó luego creciendo— se conserva hoy, encuadrada sin su orden original en dos volúmenes, cada uno de los cuales se halla en diferentes bibliotecas de Madrid. Esos dos volúmenes que incluyen también otros textos allegados más tarde, se conocen entre los especialistas como *Códices matritenses* (*Historia general de las cosas de Nueva España*, de fray Bernardino de Sahagún). Abarcan ellos buena parte de la documentación en náhuatl que él reunió y sólo una pequeña parte de su versión al castellano. Más adelante veremos en qué circunstancias fueron llevados a España tales manuscritos. Por el momento baste recordar que esos papeles saha-gunenses quedaron unos en la Biblioteca del Palacio Real y otros en la de la Real Academia de la Historia.

El infatigable rastreador de documentos, Francisco del Paso y Troncoso (1846-1916), hacia fines del siglo pasado dedicó bastante tiempo a estos *Códices matritenses* de Sahagún. Su intención era publicarlos, traducido su texto del náhuatl. Pero la vida no le alcanzó para tal empresa. Estudiándolos, se dio cuenta del desorden con que habían sido encuadrados los manuscritos que correspondían a distintas etapas en la investigación de Bernardino. Dispuso entonces una reproducción facsimilar de los mismos y, con buen tino y sentido crítico, en su edición reordenó los textos atendiendo a las que le parecieron ser las varias etapas de su elaboración. A cada conjunto documental, en la edición facsimilar que sacó a luz en tres grandes tomos en Madrid (1905-1907), le adjudicó la designación a su juicio, más adecuada.

Los manuscritos más antiguos, es decir, los correspondientes a Tepepulco, recibieron el título de *Primeros memoriales*. De los otros textos y sus designaciones trataremos en su lugar correspondiente. Los dichos *Primeros memoriales* son así —junto con los ya descritos *huehuelahtolli*, expresiones de la Antigua palabra, y también el libro de la Conquista— los testimonios más antiguos recogidos por el fraile.

<sup>24</sup> *Ibid.*, I, 79.

Teniendo a la vista el manuscrito de estos *Primeros memoriales*, puede verse qué fue lo que, entre 1558 y 1561, allegó en Tepepulco. La temática corresponde a lo que se proponía indagar de acuerdo con su minuta o cuestionario: cosas divinas, humanas y naturales. Los textos y pinturas que se conservan sólo son los referentes a los dos primeros temas. Del tercero, o sea, el tocante a las cosas naturales, hay indicios de que lo tenía en su poder, hacia fines del siglo XVIII, un impresor madrileño de nombre Antonio Sanz que trató de venderlo a la Real Academia de la Historia. Hasta ahora se tiene perdida la pista de su paradero. Las cosas naturales volverían a ser objeto de la atención de Bernardino en etapas siguientes de su investigación y así, acerca de ellas, se conserva amplia documentación en lengua indígena.

El conjunto de textos de los *Primeros memoriales* comprende 88 folios por ambos lados (numerados por Del Paso, como páginas, de la 1 a la 176). Todos los textos incluidos están en náhuatl. Hay, asimismo, numerosas pinturas de estilo que tira al de carácter prehispánico. En castellano tan sólo existen algunas glosas y anotaciones del propio Sahagún que se propuso distribuir sus materiales en “capítulos y párrafos”.

Los testimonios que versan sobre “las cosas divinas” abarcan 112 páginas (o sea, 56 folios por ambos lados). Se inician con una relación de las fiestas a lo largo de cada una de las dieciocho veintenas del año ( $18 \times 20 = 360$  más 5 días tenidos como aciagos al final). A cada fiesta acompaña una pintura en color. Aunque Sahagún enriqueció luego su información sobre estas celebraciones, hay ya en estos textos noticias muy estimables. La vida religiosa indígena se vuelve presente en ellos con sus sacrificios, cantos, bailes y otras ceremonias.

A modo de manual litúrgico aparece en seguida otro conjunto de textos sobre las formas de servicios o ceremonias a los dioses, tales como ofrendas, encendido del fuego sagrado, acción ritual de barrer, comer tierra, es decir, tocarla con la boca para hacer juramento, sacrificios de aves y, por supuesto, también de seres humanos. En la mayoría de los casos los textos están acompañados de pinturas a color. Otras dos secciones guardan asimismo relación con “la liturgia”: el elenco de los diversos géneros o clases de sacerdotes y la descripción de los atavíos de los principales dioses. Se incluye en esta sección una pintura esquemática del Templo Mayor de México-Tenochtitlan.

Aparecen a continuación algunos textos menores, residuos de la más antigua documentación transcrita en el mismo Tepapulco. Tratan de las ofensas a los dioses, las funciones o atributos de ellos, ritos diarios a horas fijas, ejercicios en el templo y votos y juramentos.

Secciones, ya muy diferentes, pero relacionadas con el pensamiento indígena y con el universo de los dioses, son las referentes a “lo que está sobre nosotros”, las realidades celestes, y también, aquello que se encuentra bajo la tierra, el inframundo. Encontramos así, primeramente, un apartado sobre el sol, la luna, la gran estrella —Quetzalcóatl, es decir, Venus—, algunos conjuntos de estrellas, cometas, y eclipses.

Relacionadas también con los ciclos de fiestas, los sacrificios y otros rituales, así como con los destinos del hombre, vinculados siempre a los dioses, ocupan luego amplio espacio las cuentas del tiempo, es decir los cómputos calendáricos. Por una parte, hizo transcribir Sahagún una *xiuhmolpilli*, “atadura de años”, ciclo de 52 años solares, que aparecen con sus antiguos signos jeroglíficos y con transcripción alfabética. Por otra, varios folios se dedican a la presentación del *tonalpohualli*, “la cuenta de los días y los destinos”. Fundamental importancia tenía este sistema que funcionaba a base de veinte signos y trece numerales. Con base en el *tonalpohualli* recibían su nombre todos los días del año y los años mismos. Consultando dicha cuenta, se predecían los destinos favorables o adversos de cuanto era importante en la vida humana. Transcribiendo a continuación algunos textos acerca de agüeros y significados de los sueños, concluyó Sahagún lo que tuvo como primer capítulo, por cierto muy largo.

Dentro de la misma sección sobre “las cosas divinas”, dio en seguida entrada a otro capítulo que, en cambio, resultó muy breve. Versó éste acerca del inframundo, la región de los muertos y otros lugares del más allá, “destinos y moradas de los muertos”. Con este segundo capítulo terminó la primera parte de los que llamó don Francisco del Paso y Troncoso *Primeros memoriales*.

Este acercamiento al mundo espiritual de los antiguos mexicanos revelaba a un pueblo paradójico que practicaba los que se tenían como repugnantes sacrificios de seres humanos y a la vez daba muestras de profunda y elevada espiritualidad. Era necesario seguir ahondando en el alma indígena para liberarla del

Demonio hasta implantar en ella la religión verdadera, un cristianismo como el de los tiempos apostólicos.

La segunda parte, “de las cosas humanas”, quedó distribuida también en dos capítulos. El primero se inicia con tres listas de gobernantes, acompañadas de breves comentarios en náhuatl, así como de las efigies de los soberanos: los de México-Tenochtitlan, Tetzcoco y Huexotla. Al hablar acerca de los de la metrópoli mexicana, hay una anotación en náhuatl a propósito del señor indígena que los españoles mantenían para que rigiera a los nahuas que vivían en Huexotla: *In ipan xihuitl ticate, in motenehuaya ome acatl*, “en el año en que estamos se nombra 2-Caña” es decir, que dicho señor gobernaba en el tiempo en que se transcribían esos textos, año correspondiente al de 1559. Era entonces, según lo vimos, cuando Sahagún recolectaba sus testimonios en Tepepulco.

Referentes a la condición de los señores son también las secciones acerca de sus principales ocupaciones, sus manjares y bebidas. Incluyó allí varias pinturas a color con los atavíos propios de los señores y las señoras. Siguen varias nóminas o elencos complementarios de utensilios, muebles, enseres y edificaciones. Del Paso y Troncoso, que reordenó los textos de estos *Primeros memoriales*, ya que —según notamos— se hallan encuadrados en arbitraria secuencia en los *Códices matritenses*, incluyó luego otros materiales, fruto asimismo del afán de saber que mostró Bernardino en Tepepulco. Tales materiales, siempre en náhuatl, son dos nóminas de hombres y de mujeres, buenos y malos. Aunque sin duda tales textos y otros que aparecen luego provienen todos de Tepepulco, su ordenamiento debió ser difícil. El propio fray Bernardino no se sentía aún seguro del lugar que les correspondía en el conjunto de la obra que habría de reorganizar y ampliar varias veces.

Los dichos textos versan sobre la educación, el origen de los chichimecas, gentes seminómadas del norte que, mestizándose con los toltecas, creadores de alta cultura, eran tenidas como ancestros de los nahuas. El poderío de los señores fue también objeto de atención. El capítulo se acerca a su fin con otras muestras de *huehuetlactli*, testimonios de la “Antigua palabra”, amonestaciones al pueblo y enunciación de las causas principales del enojo y la tristeza que puedan afligir a los que gobiernan.

El capítulo segundo de esta parte sobre “las cosas humanas” rebasa los límites de lo que concierne a los que gobiernan y da cabida a numerosos, aunque breves, testimonios sobre términos de parentesco, nombres de las partes del cuerpo, enfermedades y remedios. Dos secciones se incluyen que vuelven a tener relación preferencial con los gobernantes y nobles. Una, acompañada de numerosas pinturas a color, proporciona las designaciones de las armas e insignias tales como tocados, penachos y escudos; otra, al final de lo que se conserva de los *Primeros memoriales*, recoge algunos “modos de cortesía y de vituperio”, tanto los propios de los señores, como los que usaban las gentes del pueblo.

De la tercera parte, acerca “de las cosas naturales”, nada podemos decir fuera de la vaga referencia, ya aludida, de que incluía pinturas de plantas y animales. Cualquier estudioso, historiador, antropólogo, o bien persona entendida que haya leído la *Historia general de las cosas de Nueva España*, de fray Bernardino, tal como se ha publicado varias veces en castellano, reconocerá en lo hasta aquí descrito que los textos en náhuatl de los llamados *Primeros memoriales* son como un germen o núcleo de lo que fue luego la obra reestructurada y grandemente enriquecida.

*Categorías en que pueden distribuirse críticamente  
estos testimonios*

En sí mismos y en cuanto indicadores de la temática investigada y por investigar, los testimonios provenientes de Tepepulco tienen grande interés en el conjunto de la aportación sahuaguense. Dichos materiales pueden valorarse más cabalmente desde las perspectivas que precisamente importaba investigar a Bernardino, es decir desde su enfoque a la vez etnológico, histórico, filológico y lingüístico. A su vez, críticamente pueden distribuirse también en varias categorías.

Muchos de estos textos, en su mayoría acompañados de pinturas, tienen un interés primordialmente etnológico, en cuanto que muestran diversos aspectos de la antigua cultura. Tal es el caso de la relación de las fiestas, así como de aquellos que hablan del sacerdocio y los distintos rituales; los agüeros y los sueños; los

cuerpos celestes, la muerte, la educación, el origen de los chichimecas, las armas e insignias de los señores y lo tocante a dolencias y remedios.

Hay otros testimonios en los que predomina el interés histórico. Son ellos las listas comentadas de los gobernantes supremos de México, Tetzoco y Huexotla. Es de notarse que aflora también aquí la preocupación lingüística en cuanto a enriquecer el conocimiento del léxico, ya que varios atavíos en las pinturas de cada señor aparecen acompañados de glosas que proporcionan sus correspondientes nombres.

De interés cultural y a la vez textual, es decir filológico, son los veinte himnos sacros, con anotaciones en su mayoría de connotación lingüística. También pertenecen a esta categoría las exhortaciones de los señores, es decir las muestras de *huehuetlahtolli*, testimonios de “la antigua palabra”, que recogió Bernardino en Tepepulco.

Finalmente, aunque sin duda siempre tuvieron para él importancia cultural, hay registros de nombres, acompañados de variantes morfélicas de los mismos, o de verbos con los que se estructuran frases u oraciones, en los que es muy perceptible el interés lingüístico. Ejemplos de ello lo ofrecen las listas de palabras acerca de comidas y bebidas, vestidos y adornos, pasatiempos de las señoras, utensilios de las mujeres, edificaciones, muebles, órganos exteriores e interiores del cuerpo, así como modos de cortesía y vituperio entre gente noble y gente plebeya.

#### *Apreciación crítica de los textos procedentes de Tepepulco*

Desde otro punto de vista, el del origen último del conjunto de estos testimonios, contemplados críticamente, puede decirse que hay algunos que son respuesta a los cuestionarios propuestos por Sahagún. Un ejemplo es el de las fiestas. Al lado de su pintura se indican su nombre, los rituales propios de la misma, cómo se celebraban y en qué fecha del calendario cristiano tenían lugar. Otro conjunto de respuestas son las que acompañan a las pinturas de los atavíos de los dioses. Ellas los describen sucintamente, comenzando desde el tocado hasta las sandalias. También es este el caso de lo referente a los señores de México,

Tetzoco y Huexotla. Las preguntas cuyas respuestas se consiguen son: ¿cómo se llamaba?, ¿cuántos años gobernó?, ¿qué hizo?

Otros textos, en cambio, proporcionan lo expresado por los informantes de manera más espontánea, sin seguir un cuestionario. Numerosas muestras de ellos hay en estos *Memoriales*, al hablar sobre el tañer de las diversas horas en los templos y los ejercicios en ellos, los votos y juramentos, los cuerpos celestes, lo relativo al *Mictlan* o región de los muertos, la mujer que volvió a la vida, el origen de los chichimecas y otros relatos. Respuestas espontáneas fueron asimismo las que ofrecen información lingüística.

Finalmente, puede hablarse, desde un punto de vista crítico, de un tercer género de testimonios. Son ellos los que aportan, con mayor o menor fidelidad, expresiones textuales de la tradición prehispánica. Dos muestras principales de esto hay en los *Primeros memoriales*. Una la integran los veinte himnos a los dioses y la otra las pláticas o *huehuetlahtolli*. En ambos casos, aunque hubiera tal vez fortuitas alteraciones en relación con la expresión original, es posible afirmar que estamos ante testimonios “canónicos” de la antigua cultura. Constituyen ellos ejemplos genuinos de la literatura prehispánica en náhuatl.

Grotesco sería pretender que Sahagún hubiera fraguado o inducido la composición de los veinte himnos, de tan difícil comprensión que no intentó traducirlos al castellano y de un contenido que pertenece al pensamiento religioso prehispánico. En lo concerniente a los *huehuetlahtolli*, también transcritos en Tepepulco, cabría repetir lo que Bernardino expresó años antes acerca de los recogidos en Tlatelolco: “no cabe entendimiento humano fingirlos” porque son “lenguaje propio y obras” de los sabios y sacerdotes nahuas.

A través de los materiales que hizo copiar Bernardino en Tepepulco es ya posible apreciar los alcances y valor crítico de su método. Adaptándose a la tradición cultural prehispánica, reprodujo las pinturas de los códices y transcribió las correspondientes “lecturas” de las mismas con sus signos glíficos, según se las proporcionaron los ancianos. Asimismo obtuvo respuestas específicas a sus cuestionarios y escuchó otros relatos libremente comunicados por sus informantes. Inquirió sobre un gran número de vocablos, tanto con propósitos léxico-morfológicos como cultu-

rales. Finalmente transcribió textos, que relacionados también con pinturas y glifos, constituían expresiones “canónicas”, es decir fórmulas impetratorias o de alabanza como los himnos sacros, y asimismo algunos discursos al modo de los *huehuetlah-tolli*. Importa además subrayar que lo realizado en Tepepulco marcó la pauta en sus ulteriores investigaciones. El mismo método etnológico-histórico-filológico-lingüístico iba a rendir frutos más abundantes en los años siguientes.

Dos ediciones existen de estos testimonios. La primera, facsimilar, se debe al ya mencionado Francisco del Paso y Troncoso que quiso remediar el desorden en que se hallan encuadrados estos testimonios en los dos volúmenes de los *Códices matritenses*.<sup>25</sup> Al reordenar los distintos folios en su reproducción de textos y pinturas, don Francisco tuvo presente la secuencia indicada por Sahagún: “cosas divinas y humanas”, ya que la parte sobre las “cosas naturales”, que casi seguramente existió, está extraviada.

En tal reordenamiento, los testimonios de Tepepulco, por ser los más antiguos, reciben el nombre de *Primeros memoriales* y abarcan las páginas 1 a 176 del tomo VI de la edición facsimilar lograda por Del Paso. Éste, para identificar los materiales de Tepepulco en los dos volúmenes de los *Matritenses* y reordenarlos en su edición, tomó además en cuenta las anotaciones, varias de ellas de la propia mano de Sahagún, que preceden a sus distintas secciones, partes, capítulos y párrafos.

La otra edición, mucho más reciente, comprende reproducción, asimismo facsimilar, y versión paleográfica con traducción al inglés. La reproducción en color la dispuso Ferdinand Anders.<sup>26</sup> La paleografía y traducción al inglés se deben a Thelma D. Sullivan. Al ocurrir su muerte, su trabajo fue revisado y completado por otros estudiosos.<sup>27</sup> Puede añadirse que, desde

<sup>25</sup> Fray Bernardino de Sahagún, *Historia de las cosas de Nueva España*, publicó con fondos de la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública de México, por Francisco del Paso y Troncoso. Vol. VI, *Códices matritenses en lengua mexicana*, cuaderno 2º., Primeros memoriales y Memoriales con escolios, Madrid, Fotocopia de Hauser y Menet, 1905.

<sup>26</sup> *Primeros memoriales by fray Bernardino de Sahagún*, facsimile edition, photographed by Ferdinand Anders, Norman University of Oklahoma Press in Cooperation with the Patrimonio Nacional and Real Academia de la Historia, Madrid, 1993.

<sup>27</sup> *Primeros memoriales by fray Bernardino de Sahagún*, paleography of Nahuatl text and English translation by Thelma D. Sullivan, completed and revised with



años antes, los investigadores Eduard Seler, Angel María Garibay, Wigberto Jiménez Moreno, Alfredo López Austin y quien esto escribe habían traducido y publicado —el primero al alemán— y los otros al castellano, varios de estos textos recopilados por Sahagún en Tepepulco.<sup>28</sup>

additions by H. B. Nicholson, Arthur J. O. Anderson, Charles E. Dibble, Eloise Quiñones Keber and Wayne Ruwet, Norman, University of Oklahoma Press in cooperation with the Patrimonio Nacional and Real Academia de la Historia, Madrid, 1997.

<sup>28</sup> Véanse las correspondientes referencias en la Bibliografía al final de este libro.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS